

# EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Miércoles 19 de Setiembre de 1917

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO)

Año XIX.—Máj. 1803

"Oriente vive, reina e impresa"

## EL AMIGO DEL OBRERO

FUNDADO EN HONOR A CRISTO REY

EL 1º DE ENERO DE 1818

APARECE LOS MIÉRCOLES Y MARTES

Redacción y Administración:

ABRODELLA, 947

Teléfono: La Uruguayana 2167 (Central MONTEVIDEO)

REDACTORES

DR. LUIS P. LENQUAS  
Y MIGUEL PEREA

SECRETARIOS DE REDACCIÓN

DR. JUAN NATALE QUAGLIOTTI  
HECTOR E. TOSAR ESTADES

CORRESPONDENTES:  
EN PARÍS: Francisco Vélez.  
EN FRIBURGO: Max Turman.

SUSCRIPCIONES

Capital, por mes ..... \$ 0.20  
Interior, semestre adelantado " 1.20  
Exterior semestre adelantado " 1.80

## AVISOS

Pidanse precios a la Administración por avisos en 3<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> página, a una columna o más columnas, por centímetros de altura.

La Administración no aceptará cualquier aviso que se lo presente; se reserva el derecho de rechazar los que crea convenientes.

EL AMIGO DEL OBRERO no admite publicaciones de redacción pagadas.

Agentes en todos los pueblos del interior.

Se reciben suscripciones en las casas parroquiales.

Administrador: Héctor Campodónico

Círculos Católicos de Obreros existentes en el país

Montevideo, calle Minas 1244 — La Unión — Villa Colón — Villa del Cerro — Paseo del Molino — Guadalupe — Las Piedras — Pando — Salto — Mercedes — Fray Bentos — Minas — Durazno — Trinidad — Rocha — Paysandú — San José — Mayo — San Carlos — San Fructuoso — Nueva Helvecia — Treinta y Tres — Florida — Santa Lucía — Sarandí Grande — Santa Isabel — Rosario — Maldonado — Santa Rosa (Canelones) — Rivera.

Oficina del Consejo Superior de los Círculos: Mercedes 947.

## INDICADOR CRISTIANO

Miércoles 19. Santos Genaro ob., m., Constancio, m., y el b. Alfonso de Orozco, Térpura.

Jueves 20. Santos Eustaquio y comp. mrs. y Susana m.

Viernes 21. Santos Mateo, apóstol y evang. e Isacio. Térpura.

Sábado 22. Santos Mauricio y comp. mrs., Florencio, Santino ob. y Tomás de Villanueva. Térpura — Primavera.

Orden de los Triduos para el año 1917

Septiembre

19, 20 y 21, Piedras.  
22, 23 y 24, Cerro.  
25, 26 y 27, La Paz.  
28, 29, y 30, San José.

Octubre —

1, 2 y 3, Metropolitana.  
4, 5 y 6, San Francisco.

7, 8 y 9, Durazno.  
10, 11 y 12, Parroquia de la Aguada.

13, 14 y 15, Colón.

16, 17 y 18, Salesas.

19, 20 y 21, Colonia Porvenir (Paysandú).

22, 23 y 24, Unión.

25, 26 y 27, Cripta de los Talleres de Don Bosco.

INDULGENCIAS

PLENARIA: Para los que visitan una de estas iglesias durante la adoración confesional y comunión.

DIEZ AÑOS: Para los que no habiendo confesado y comungado antes de la visita, la hiciere a lo menos con el firme propósito de confesar. Por cada visita ganará otras tantas cuarentañas.

Estas indulgencias serán aplicables a las Ánimas del Purgatorio.

100 DIAS: Para los que al oír las horas que se dan en la campana grande de la Iglesia en que está expuesta S. D. M., con el corazón cerrito, recen devotamente esta facultad.

"Alabemos y seamos gratos en todo momento al Santísimo y Divino Sacramento".

100 DIAS: Por cada visita al Santísimo Sacramento, siempre que en ella se reee a S. D. M., por la intención del Sumo Pontífice y las necesidades de la Iglesia.

## XX DE SETIEMBRE

El Poder Ejecutivo ha dirigido un mensaje a la Asamblea General pidiendo sea declarado fiesta nacional el XX de Setiembre.

Como fundamentos de tan insólito pedido invoca las solicitudes del Club Italia y de un titulado "Comité Nacional" que dice ha conseguido la adhesión de treinta mil firmas.

Quiere el Poder Ejecutivo que se declare fiesta nacional "el aniversario de la caída del poder temporal de los Papas, por la alta significación quo esa efeméride tiene en la historia del libre pensamiento y por el respeto quo debe merecer de un pueblo que, como el Uruguay, tiene el culto de las glorias insignes y de las altas idealidades".

Recuerda el Presidente Viera que hace dos años inició la sanción de una ley que declaró feriado ese día en aquel año, e invocó como fundamento en el mensaje respectivo, la consideración do "quo la entra da de las tropas italianas en Roma era un hecho cuya significación moral se tradujo en el mas grande triunfo de las ideas liberales, al reducir el dominio pontificio a su verdadera esfera de acción que es en lo exclusivamente espiritual".

Y termina el mensaje afirmando que el P. E. está seguro do quo la Asamblea compartirá sus ideas y propósitos.

Para nadie es un misterio que este proyecto fué fraguado en el seno de las logias, a las que el Presidente Viera pertenece, con el grado 33.

El odio sectario, ha inferido al Pontificado un nuevo ultraje, que también sienta en carne propia una gran parte, la inmensa parte de los habitantes del país, sin excluir a los mismos italiani senates, que saben muy bien que su hermosa patria para vestirse de gloria no necesita por cierto pedirle atavios prestados al triste recuerdo del 20 de Setiembre!

Sabemos bien quo el escarnio no podrá llegar al solio del Pontífice que precisamente en el momento actual brilla como un faro de esperanza en medio del tempestuoso caos de la guerra europea.

Y no invoca el Presidente francés, la solicitud de un Club Italia, que muchos italiani repudian, ni las treinta mil firmas recogidas por un Comité que no dice Nació nal!

Aun aceptando la verdad de las treinta mil voluntades conscientes, que pueden ellas representar al lado de los cientos de miles de voluntades que en nuestro país opinan en contra!

Las fechas consagradas como fiestas nacionales de una patria, deben ser indisolubles, deben unir a todos los corazones en una suprema armonía, sin notas discordantes, sin protestas energicas como las que surgieron de tantos corazones uruguayos, ante la ley que han forjado las logias, aprovechando el desgraciado momento presente, tan adecuado para sus planes, que el Presidente mason, confiesa con todo desparpajo al dirigirse a la Asamblea, quo está de antemano seguro, de que son compatriotas sus propósitos!

Hasta donde hemos descendido en estos momentos de descomposición social!

Pero hay otros conceptos en el mensaje, que convueven nuestras fibras y arrancan incontenible la protesta de indignación.

La entrada de las tropas italiana en Roma — dicen, los que acaban de hablar por boca del Presidente — se tradujo en el más grande de los triunfos... gloria insign... altas idealidades...

¡Qué sarcasm!

Para refutar como se merecen tales afirmaciones, para demostrar el estupor con que no podrá menos de recibirlos todo uruguayo que ame de verdad a su patria y rinda culto a la justicia y a la verdad, queremos transcribir a continuación parte de un artículo que vió la luz en "El Bien Público" hace ya tiempo, cuando volcaba en sus columnas todo el ardor de sus energías juvéniles el gran cantor de nuestras glorias patrias. Cuando con voz au-

torizada resuena, debe callar la nuestra.

Hola aquí:

"Años hace que el proyectil que

abre brecha en la Puerta Pia,

abofeteaba el rostro de la civilización

y del derecho, entregando la

ciudad eterna a los perseguidores

de la Iglesia, quo en número diez

veces mayor que la Pequeña y entusiasta guardia de Zúavos asaltaron a Roma.

Heróico triunfo!

Pero ya no es el caso de vestirnos de luto. La armadura del derecho debe ponerse incandescente en la fragua de la persecución, y brotando cuando menos, las chispas de la protesta energica.

Protestamos contra el hecho cu yo es el aniversario de este día.

Roma es nuestra; es del mundo católico, y lo será pese a quien pese.

Los triunfos de la fuerza sobre el derecho, son efímeros, como el predominio de la espuma sobre la ola.

No valga nuestra vehementemente afirmación; valgan nuestras pruebas.

La soberanía temporal de los Romanos Pontifices es la más antigua, y la más vigorosamente cimentada de la Tierra.

Nació con Constantino que dio a los Papas la ciudad de Roma; trasladando la capital de su imperio a Bizancio, que desde entonces se llamó Constantinopla.

Desde entonces, nótense bien, ningún principio estableció su gobierno en Roma: Honorio eligió a Milán; los hérulos y los ostrogodos a Ravenna, Carlos Martel, Pepino y Carlomagno ratificaron la resolución de Constantino. No existe una sola protesta de los romanos contra el poder papal, y estos defienden siempre a Roma de invasiones extranjeras.

Desde que los Papas desarmaron los fureos de Alarico, Atila y Genserico, hasta quo resistieron a Napoleón en el apogeo de su poder, cuando intituló a su hijo Rey de Roma y hasta quo Víctor Manuel asaltó las murallas que habían respetado los siglos, siempre los Romanos Pontifices, sea con solo sus subditos, sea por medio de alianzas perfectamente ajustadas al derecho internacional y único recurso de fuerza para los pueblos débiles, siempre rechazaron invasiones de extranjeros. Por eso todas las naciones han reconocido y respetado ese poder temporal en numerosos congresos, hasta el celebrado en Viena en 1815 con la concurrencia de casi todos los soberanos de Europa.

Desde que los Papas desarmaron los fureos de Alarico, Atila y Genserico, hasta quo resistieron a Napoleón en el apogeo de su poder, cuando intituló a su hijo Rey de Roma y hasta quo Víctor Manuel asaltó las murallas que habían respetado los siglos, siempre los Romanos Pontifices, sea con solo sus subditos, sea por medio de alianzas perfectamente ajustadas al derecho internacional y único recurso de fuerza para los pueblos débiles, siempre rechazaron invasiones de extranjeros. Por eso todas las naciones han reconocido y respetado ese poder temporal en numerosos congresos, hasta el celebrado en Viena en 1815 con la concurrencia de casi todos los soberanos de Europa.

Porque, conviene mucho, pero muchísimo poner a los ojos de nuestra joven democracia todas esas fechas gloriosas en las cuales aparece al pueblo haciendo de las suyas o la fuerza haciendo brutalidades.

Casi, casi, valdría la pena de ampliar nuestra generosidad y hospitalaria lista de festividades y hacer un lugarcito para la vacilante república rusa y recordar también el advenimiento al poder de la incoherente democracia china.

No se por qué al tratarse de festividades democráticas ha de prescindirse de la China, y más, en estos benditos tiempos en que, la guerra europea — ya que también algo de bueno han de tener las hembras humanas en medio de sus horrores — está, contribuyendo de una manera tan poderosa al acercamiento y al abrazo democrático de los evangelios, autenticidad de los Milagros y Divinidad de Jesucristo.

Agradecemos en todo lo que vale esa generosa cooperación, que pone de manifiesto los sentimientos caritativos de la persona donante y su aprecio por la buena prensa.

Que Dios bendiga tan buena acción.

Y qué poder de la tierra puede invocar título igual a su favor!

Y si ese poder puede ser violado, ¿puedé considerarse a eu biente de los avances brutales de la fuerza prepotente?

Y qué razón se invoca para equumar el atentado!

La unidad de Italia.

Valiente razón, sobre la que deben parer mientes los países débiles sobre todo, y sobre los que paramos mientes nosotros los uruguayos, como hijos de una patria tan adorada como débil para repeler la fuerza con la fuerza.

Los uruguayos que no protestan contra la usurpación de Roma, o están sietos o no aman la independencia de su patria; o pretenden sientan, ésta en una contradicción viviente.

Se dice que la unidad italiana exigía la absorción de Roma.

Y el mañana dijera el Brasil que la unidad brasileña exigía la absorción del Uruguay para dar a sus dominios el hermoso límite natural que traza el curso de nuestro patrio río!

La ejecutoria de nuestra veneranda independencia, está mejor restringida, es más sagrada, es más antigua, es más providencial que la de los Estados Pontificios!

Aleja el patriotismo uruguayo y aplauda si se atreve, la usurpación de Roma consumada a la faz de las Cármatas encendiendo el pronto despacho de su proyecto de ley y que nos obligue a los orientales a festejar como fiesta cívica nuestra la vergonzosa efeméride de la toma.

Le toma de Roma, que, en realidad de verdad fué un verdadero latrocínio llevado a cabo sin un adarme de grandeza heróica, puesto que nunca será un acto heróico atacar con ochenta mil hombres una ciudad débil que no cuenta para su defensa más que con un puñado de defensores y esto con la consigna de no hacer más que una parodia de resistencia como señal de protesta ante el tribunal de la justicia ultrajada; la toma de Roma, repetimos, es una fecha tan vergonzosa, que, ni hasta el mismo gobierno italiano ha querido im-

ponerla como fiesta cívica a su pueblo.

Si el XX de Setiembre no es fiesta cívica en Italia, porqué ha de serlo entre nosotros?

Ahí verán ustedes; porque nosotros somos así: más realistas que el rey.

Tendremos pues fiesta de latonata; y como se lo debaremos en su mayor parte a nuestro ilustre doctor Feliciano, haría moedón para que las Cámaras dan su sanción al pedido del Poder Ejecutivo, como es de suponerse lo harán, la toma de Roma figura repetidos en el hermoso mosaico de festividades patrias que nos estamos formando para gloria nostra y brillante ejemplo a los demás pueblos de la tierra.

Y ya que de Roma se trata, se podría seguir con nuestro presidente la costumbre que sobre el particular observaban los antiguos romanos. Ellos honraban el nombre de sus generales vencedores añadiendo a este, como honorífico calificativo el nombre de la región testigo de sus victorias: el africano, el germánico, el asiático, el norteamericano, etc. etc.

Pues bien, siguiendo esa costumbre romana, podfase decretar para nuestro primer jefe el aditamento de la toma, figurando así en la lista de nuestros Presidentes: Feliciano el de la toma.

Sería un título de honor, como puede serlo el de Alejandro Magno.

## El Mudo.

## Agradeciendo un donativo

Nuestro querido Director el Dr. Luis P. Lengua, ha recibido en forma anónima, la cantidad de cien pesos como donativo para EL AMIGO DEL OBRERO.

do, todavía, de la emoción que ha experimentado, y que ha querido pensar al alma de los lectores! La narración de su primer encuentro y de la muerte del capitán Rousse es verdaderamente impresionante, dentro de su sobriedad.

"Apenas los rímeros exploradores entraron en la selva, cuando una fútil furia tal vez por las partes, acompañada de gritos y de impresiones salvajes... Algunos hombres emplean a gaceta pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Inmediatamente, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

A pesar de la multiplicidad de nuestros medios y todos nuestros esfuerzos para destruir: "se abren todavía las flores en los jardines, y las lilas embalsaman las paredes tambaleantes de los muros calcinados... El mal que podíamos haber hecho a la naturaleza será muy poco, que sobre vivirán."

Así como él admira esa hermosa naturaleza, y como canta "esas hermosas días, en que los bosques empiezan a teñirse... en que las alondras se divierten bañadas en luz de sol."

Caja, estación, desierta en el nuevo movimiento de entusiasmo y admiración, ¡qué fresca es, aquella primavera del pequeño valle de Alcazaba!

Todos los prados están verdes, en las hondonadas; los verdes están en flor; en todas las ramas, puestas hojas, muy tiernas todavía, temblorosas, avivas de sol. De todas partes, el agua corre hacia el fondo del valle; y los murmullos disretos de esos innumerables arroyuelos se armonizan en una incesante barcarola."

En cambio: qué rudas y dramáticas son la queja y la fuerza del viento!

"Hoy, es en verdad, el feroz otoño, plácido, quien pasa... Las grandes encinas de Fontana-Fria

deben gemir sincretamente... En esas montañas de efecto severo, sobre las selvas agitadas y las penas desiertas, la tempestad se entrega a embate sin freno! Los abetos que giran, se inclinan, se sacuden, con un murmullo de mareas, deben ser los complices de ese viento feroz, están acostumbrados a jugar juntos; se afanan y se chocan con volubilidad, como campanas infatigables que luchan pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Algunas horas más tarde, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

A pesar de la multiplicidad de nuestros medios y todos nuestros esfuerzos para destruir: "se abren todavía las flores en los jardines, y las lilas embalsaman las paredes tambaleantes de los muros calcinados... El mal que podíamos haber hecho a la naturaleza será muy poco, que sobre vivirán."

Así como él admira esa hermosa naturaleza, y como canta "esas hermosas días, en que los bosques empiezan a teñirse... en que las alondras se divierten bañadas en luz de sol."

Caja, estación, desierta en el nuevo movimiento de entusiasmo y admiración, ¡qué fresca es, aquella primavera del pequeño valle de Alcazaba!

Todos los prados están verdes, en las hondonadas; los verdes están en flor; en todas las ramas, puestas hojas, muy tiernas todavía, temblorosas, avivas de sol. De todas partes, el agua corre hacia el fondo del valle; y los murmullos disretos de esos innumerables arroyuelos se armonizan en una incesante barcarola."

En cambio: qué rudas y dramáticas son la queja y la fuerza del viento!

"Hoy, es en verdad, el feroz otoño, plácido, quien pasa... Las grandes encinas de Fontana-Fria

deben gemir sincretamente... En esas montañas de efecto severo, sobre las selvas agitadas y las penas desiertas, la tempestad se entrega a embate sin freno! Los abetos que giran, se inclinan, se sacuden, con un murmullo de mareas, deben ser los complices de ese viento feroz, están acostumbrados a jugar juntos; se afanan y se chocan con volubilidad, como campanas infatigables que luchan pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Algunas horas más tarde, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

A pesar de la multiplicidad de nuestros medios y todos nuestros esfuerzos para destruir: "se abren todavía las flores en los jardines, y las lilas embalsaman las paredes tambaleantes de los muros calcinados... El mal que podíamos haber hecho a la naturaleza será muy poco, que sobre vivirán."

Así como él admira esa hermosa naturaleza, y como canta "esas hermosas días, en que los bosques empiezan a teñirse... en que las alondras se divierten bañadas en luz de sol."

Caja, estación, desierta en el nuevo movimiento de entusiasmo y admiración, ¡qué fresca es, aquella primavera del pequeño valle de Alcazaba!

Todos los prados están verdes, en las hondonadas; los verdes están en flor; en todas las ramas, puestas hojas, muy tiernas todavía, temblorosas, avivas de sol. De todas partes, el agua corre hacia el fondo del valle; y los murmullos disretos de esos innumerables arroyuelos se armonizan en una incesante barcarola."

En cambio: qué rudas y dramáticas son la queja y la fuerza del viento!

"Hoy, es en verdad, el feroz otoño, plácido, quien pasa... Las grandes encinas de Fontana-Fria

deben gemir sincretamente... En esas montañas de efecto severo, sobre las selvas agitadas y las penas desiertas, la tempestad se entrega a embate sin freno! Los abetos que giran, se inclinan, se sacuden, con un murmullo de mareas, deben ser los complices de ese viento feroz, están acostumbrados a jugar juntos; se afanan y se chocan con volubilidad, como campanas infatigables que luchan pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Algunas horas más tarde, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

A pesar de la multiplicidad de nuestros medios y todos nuestros esfuerzos para destruir: "se abren todavía las flores en los jardines, y las lilas embalsaman las paredes tambaleantes de los muros calcinados... El mal que podíamos haber hecho a la naturaleza será muy poco, que sobre vivirán."

Así como él admira esa hermosa naturaleza, y como canta "esas hermosas días, en que los bosques empiezan a teñirse... en que las alondras se divierten bañadas en luz de sol."

Caja, estación, desierta en el nuevo movimiento de entusiasmo y admiración, ¡qué fresca es, aquella primavera del pequeño valle de Alcazaba!

Todos los prados están verdes, en las hondonadas; los verdes están en flor; en todas las ramas, puestas hojas, muy tiernas todavía, temblorosas, avivas de sol. De todas partes, el agua corre hacia el fondo del valle; y los murmullos disretos de esos innumerables arroyuelos se armonizan en una incesante barcarola."

En cambio: qué rudas y dramáticas son la queja y la fuerza del viento!

"Hoy, es en verdad, el feroz otoño, plácido, quien pasa... Las grandes encinas de Fontana-Fria

deben gemir sincretamente... En esas montañas de efecto severo, sobre las selvas agitadas y las penas desiertas, la tempestad se entrega a embate sin freno! Los abetos que giran, se inclinan, se sacuden, con un murmullo de mareas, deben ser los complices de ese viento feroz, están acostumbrados a jugar juntos; se afanan y se chocan con volubilidad, como campanas infatigables que luchan pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Algunas horas más tarde, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

A pesar de la multiplicidad de nuestros medios y todos nuestros esfuerzos para destruir: "se abren todavía las flores en los jardines, y las lilas embalsaman las paredes tambaleantes de los muros calcinados... El mal que podíamos haber hecho a la naturaleza será muy poco, que sobre vivirán."

Así como él admira esa hermosa naturaleza, y como canta "esas hermosas días, en que los bosques empiezan a teñirse... en que las alondras se divierten bañadas en luz de sol."

Caja, estación, desierta en el nuevo movimiento de entusiasmo y admiración, ¡qué fresca es, aquella primavera del pequeño valle de Alcazaba!

Todos los prados están verdes, en las hondonadas; los verdes están en flor; en todas las ramas, puestas hojas, muy tiernas todavía, temblorosas, avivas de sol. De todas partes, el agua corre hacia el fondo del valle; y los murmullos disretos de esos innumerables arroyuelos se armonizan en una incesante barcarola."

En cambio: qué rudas y dramáticas son la queja y la fuerza del viento!

"Hoy, es en verdad, el feroz otoño, plácido, quien pasa... Las grandes encinas de Fontana-Fria

deben gemir sincretamente... En esas montañas de efecto severo, sobre las selvas agitadas y las penas desiertas, la tempestad se entrega a embate sin freno! Los abetos que giran, se inclinan, se sacuden, con un murmullo de mareas, deben ser los complices de ese viento feroz, están acostumbrados a jugar juntos; se afanan y se chocan con volubilidad, como campanas infatigables que luchan pesadamente y su ruido, sobre el césped. Entonces, el capitán, que estaba quieto y muy concentrado, se dirigió al bosque, gritando con sus fuertes: ¡A mí, mí, mí a la bayoneta!"

Algunas horas más tarde, al primer impulso para lanzarse adelante, ha caído, derribado hacia atrás."

"¡Pobre capitán Rousse! Yo lo veré siempre, con la cabeza vuelta, las rodillas plegadas; transportado a través de las balas por dos de sus hombres, que lo tomaban por debajo de los brazos."

"Aquella sorpresa entre los pinos, aquella susurriería, aquellos gritos, aquellos alaridos prolongados... aquella muerte del capitán todo eso, jamás podrá olvidarse."

Ese episodio evoca el primer período de la guerra, aquél en que ignorábamos en absoluto la manera de combatir de los alemanes, aquél en que soñábamos todavía con hacer "la gran guerra a pleno sol, tal como la conocía un francés."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenciosa y fuerte de la naturaleza, a los horrores de la guerra y a la destrucción ardiente e impotente del hombre.

"Aquí, como en otra parte, se mira brotar las hojas y reverdecer los prados, se admira un bonito paisaje o una hermosa puesta de sol, porque uno se lasta de las fealdades de la guerra que hacen los hombres, pero no de las bellezas del mundo que ha hecho Dios."

Pero Belmont sobresale especialmente en describir el dulce espíritu de nuestro hermoso país de Francia. Opone la vida tranquila, silenc

